

El eclipse de Dios. Algunas consideraciones sobre la situación religiosa posmoderna a partir de la visión arquetípica de Carl Jung

INTRODUCCIÓN

LA CRISIS DE SENTIDO EN EL HOMBRE MODERNO

Una de las situaciones más críticas de la condición humana contemporánea puede ser ubicada dentro del ámbito religioso. Las grandes corrientes religiosas experimentan varios problemas, entre los cuales se pueden mencionar el abandono de feligreses, el surgimiento de nuevos movimientos o propuestas religiosas y el rechazo ante los preceptos morales sostenidos por la perspectiva o argumentación religiosa. De manera particular, se puede señalar aquella tendencia —todavía por cuantificar y clarificar— de pérdida de *fe* o convicción, por parte de muchos feligreses, en los principios doctrinarios presentados como básicos para la creencia religiosa en general.

Esta pérdida de seguimiento de una doctrina o dogma es alentada en muchos discursos contemporáneos que propugnan una superación de los

modos de pensar arcaicos, "medievales" y oscuros, en favor de la "claridad" y la capacidad autocrítica de la ciencia, la tecnología y el conocimiento contemporáneos. No obstante, existen elementos para destacar la necesidad de que la conciencia humana continúe teniendo en cuenta aquello que se hace presente en el lenguaje, el simbolismo y la doctrina religiosa, especialmente el contenido más profundo del simbolismo religioso y las vivencias que se hacen *experimentables* a través de éste, a pesar de ser considerado como "superado" por muchos. En este trabajo partimos de la consideración de que todo lenguaje religioso —y con él toda manifestación o realidad genuinamente religiosa— se hace presente como *una manifestación simbólica*, que debe ser comprendida y asimilada por parte del ser humano, y con mayor necesidad en nuestros tiempos, ya que estamos inmersos en un ambiente de inanidad simbólica.

José María Mardones expone una tesis sumamente interesante para ilustrar un poco la condición de inanición simbólica humana, en un mundo donde la imagen predomina en todos los ámbitos. La razón occidental ha producido la barbarie ocurrida durante el siglo pasado. Esta última, paradójicamente, ha sido planeada, extendida y aplicada de manera metódica, eficiente, fría y calculadora. Por tanto, la siguiente descripción se puede seguir aplicando como un aspecto importante del malestar en nuestro tiempo:

Sabemos que son bastantes los pensadores que —quizá no demasiados— se han sentido enormemente turbados por las relaciones internas entre "las estructuras de lo inhumano y la matriz contemporánea de una elevada civilización". No parece desencadenada la cuestión que ve la barbarie acontecida como reflejo de la cultura de la que procede y a la que extorsiona y profana.

La Europa del siglo XX ofrece un llamativo desarrollo artístico e intelectual, un florecimiento de las ciencias físicas y naturales, que se da la mano con las matanzas y los campos de exterminio. Setenta millones de muertos son

montañas de cadáveres que claman por una respuesta. La interpelación del horror acontecido acaecido en "la guerra de los treinta años entre 1915-45" cuando se derrumba el orden europeo y se produce el genocidio nazi en Auschwitz, emplaza a la denominada "cultura europea". (Mardones, 2003: 47)

La conciencia humana, en el ámbito occidental, se ha desarrollado en los últimos siglos de tal manera que ha excluido, o aislado de sí, aquellas dinámicas anímicas que intervienen en la contemplación y experiencia de lo presentado por el ámbito religioso, las cuales ahora se presentan, a la luz de los aportes psicoanalíticos, como necesarias para la integridad psíquica humana, aun cuando aparezcan relegadas al inconsciente, como no desarrolladas todavía o simplemente consideradas objeto de menosprecio y rechazo. Desde nuestra perspectiva, estas dinámicas son importantes para mitigar la problemática del sentido en la existencia humana, en gran parte por su conexión o interrelación con la realidad simbólica de las personas.

Contemporáneamente, la racionalidad occidental ha quedado reducida a mera *instrumentalidad* y eficacia hasta el extremo de utilizar al ser humano mismo como objeto de producción. Esta situación ha sido originada por una condición anímica que, consideramos, no ha desaparecido bajo las circunstancias de vida, trabajo y convivencia social de nuestros tiempos *posmodernos*.¹ En contraste con este mencionado estado de ánimo, desde la perspectiva de las dinámicas anímicas internas, aparecen elementos para temer que ocurran "arrebatos de irracionalidad colectiva" dentro de nuestras sociedades contemporáneas, como los ocurridos en el siglo XX, sólo que con un carácter más negativo que los ya acontecidos. Si esta condición anímica escindida (conciencia

1 Habría que preguntar cuántas de las actuales políticas de manejo de personal y dirección de trabajo no están matizadas por los principios de esta "instrumentalidad", y cuáles son las consecuencias que anímicamente están propiciando en las masas poblacionales y en las personas concretas, a corto, mediano y largo plazo.

instrumental-inconsciente autónoma) no es *cuidada*, a fin de propiciar un nuevo equilibrio con las fuerzas inconscientes, las manifestaciones reactivas de esos posibles “arrebatos irracionales” contribuirán a establecer medios con nuevas formas de “enajenación de la conciencia” en aras de tendencias utilitarias e instrumentales, con consecuencias altamente negativas para el hombre, la sociedad y el mundo.

Bien puede decirse que la interacción con la interioridad, esa búsqueda de equilibrio en nosotros mismos, se vuelve un aspecto importante de nuestra existencia. Este proceso plantea una serie de caminos de conocimiento y desarrollo propios que nadie, salvo nosotros mismos, puede realizar. Cierto es que tales caminos o vías de desarrollo exigen la totalidad de la persona, conllevan graves peligros e implican importantes tomas de decisiones, como cualquier otro aspecto importante de la vida. Esto siempre origina temor en el sujeto ante aquello que no quiere aceptar o que se ufana de no poseer y, de manera especial, *ante lo poco que realmente se conoce a sí mismo*. En tal marco, mientras no haya conflictos internos todo marcha bien; mas, cuando ocurren situaciones críticas que se contraponen al “estado de bienestar”, a la forma de vida “normal” y “tranquila” a la que se ha acomodado la conciencia, se advierte que desconocemos mucho de nosotros mismos. La experiencia a lo largo de la historia de la humanidad, y más concretamente en el siglo XX, parece confirmarlo.

En este contexto, se puede decir que la civilización occidental constituida a lo largo de los últimos dos siglos ha adquirido un carácter o *perfil* que, finalmente, está afectando de manera negativa al hombre: socialmente, el individuo se subordina a la estructura, a la empresa, a la eficiencia, al Estado, al cual sacrifica su libertad, potencialidad, creatividad e individualidad; mientras que, anímicamente, el sujeto no logra calmar las inquietudes más profundas de su experiencia vital, ya que el medio no le facilita tales condiciones. A veces el hombre aprende a vivir con estrechez de miras y metas, perdiendo la capacidad de soñar e

incluso cuestionando la posibilidad de cuestionar. La mediocridad y la depresión que surgen en estos ambientes (tanto en sectores acomodados como en aquellos económicamente débiles) propician una tensión interna que es necesario *curar*. La ‘cura’, como la etimología latina del término menciona, implica el *cuidar* de la condición humana, y para lograrlo debemos en primer lugar conocerla.

Al crecer el conocimiento científico, nuestro mundo se ha ido deshumanizando. El hombre se siente aislado en el cosmos, porque ya no se siente inmerso en la naturaleza y ha perdido su emotiva “identidad inconsciente” con los fenómenos naturales. Éstos han ido perdiendo paulatinamente sus repercusiones simbólicas [...] Su contacto con la naturaleza ha desaparecido y con él, se fue la profunda fuerza emotiva que proporcionaban esas relaciones simbólicas.

Esa enorme pérdida se compensa con los símbolos de nuestros sueños. Nos traen nuestra naturaleza originaria: sus instintos y pensamientos peculiares. Sin embargo, por desgracia, expresan sus contenidos en el lenguaje de la naturaleza, que nos es extraño e incomprensible...

Hemos dejado de creer en fórmulas mágicas, no han quedado demasiados tabúes y restricciones análogas; y nuestro mundo parece estar desinfectado de todos esos númenes supersticiosos como “brujas, hechiceros y aojadores”, por no hablar de hombres-lobo, vampiros, espíritus del bosque y todos los seres extraños que poblaban los bosques primitivos. Para ser más exacto, la superficie de nuestro mundo parece estar limpia de todos los elementos supersticiosos e irracionales. No obstante, que el verdadero mundo interior humano (no la ficción que calma nuestros deseos acerca de él) esté también libre del primitivismo es otra cuestión diferente.

(Jung, 1984: 92-93)

En este largo texto, Carl Jung relaciona el ámbito del mito y de la creencia, de la narración fantástica

y del folclore con aquellas fuerzas más profundas de la psique o alma humana; fuerzas que la perspectiva de la modernidad dejara de lado y que, no obstante, ahora continúan haciéndose presentes en nuestro ámbito de realidad; fuerzas que, además, pueden ser consideradas como objetos de estudio indispensables para la comprensión de ciertas propensiones de nuestra conducta actual. Nuestra esencia psíquica se sigue manifestando de manera autónoma —a veces contraria a lo que nuestra visión y voluntad conscientes establecen como “normal”, común y aceptable— y se ubica, además, como el contexto de experiencia que permite hacer más comprensible la fuerza y el impacto de la realidad y simbología religiosas en el espíritu del hombre.

Más allá de la manipulación ideológica de contenidos, símbolos y principios expresados en una doctrina religiosa, es necesario inquirir acerca del contenido más primordial y relevante de tales elementos para la experiencia de vida del ser humano concreto. Apartándonos un poco de la postura de fe, que acepta y considera fundamental

lo que la doctrina religiosa hace presente ante la conciencia humana —haciendo mucho hincapié en el aspecto *trascendental* de tales principios—, se puede explorar la experiencia religiosa dentro del contexto de percepción más íntima de lo “sagrado” o “numinoso”, frente al hombre y al mundo. Este contexto tiene un grado propio de realidad y, sobre todo, de influencia en la experiencia de vida humana. El núcleo anímico de toda religión es una vivencia de lo misterioso; a ello se añade, con Otto y Eliade, que es la revelación del *mysterium tremendum*, que se hace presente como *hierofanía*. De igual manera, es sorprendente la postura de estos autores ante la conciencia contemporánea: la experiencia de lo sagrado se da en sí, dentro del ámbito de la realidad humana, y le permite al hombre establecerse en el mundo y en la propia realidad.²

MITO Y SÍMBOLO COMO SÍNTOMAS DE PELIGRO COLECTIVO

Así, pues, en este trabajo abordaremos, un poco, las manifestaciones de “furor divino” —a decir de la perspectiva junguiana— que se han hecho presentes en el siglo pasado, en cuanto manifestaciones reactivas o compensatorias para la mentalidad moderna emancipada de lo sagrado y lo divino. Tales sucesos se constituyeron en algo semejante a un eclipse de lo divino —al menos en cuanto a la manera cómo se percibió la divinidad

2 En este trabajo, como se mencionó arriba, se parte de un contexto en el cual se habla de expresiones que tienen una manifestación numinosa dentro del ambiente social desacralizado de nuestro tiempo; ello lo presentamos como una tesis muy polémica para algunos lectores: *la realidad de lo sagrado no está erradicada de lo más profundo del corazón humano*. Ya sea como la influencia de los dioses o como las huellas de ésta en el espíritu humano (a través de los arquetipos), la manifestación de este *otro ámbito* de la realidad en la cual vive el ser humano debe ser tomada en consideración por parte del hombre contemporáneo. El ignorarla nos hace más propensos a una reacción desequilibrada, así como a la pérdida de posición en y ante el mundo. Hablamos no desde el ámbito de la fe, sino del de la confluencia de aportes de la psicología de lo inconsciente, de la fenomenología y de la historia de las religiones en cuanto a argumentos o contribuciones que son válidos para un estudio del aspecto religioso en el contexto de nuestro tiempo.



en Occidente antes de la llamada "Modernidad", especialmente el modo de considerar al Dios cristiano—. Si bien algunas de las argumentaciones de la siguiente teoría aparecen con un marcado acento mítico, no sería sensato rechazarlas por eso, pues entonces no podríamos tomar en cuenta el núcleo de realidad que un mito sigue haciendo presente al hombre que se interesa por él.

A) LA CONSECUENCIA DE UN DESENGAÑO: WOTAN Y LA BESTIA RUBIA

Nos ubicamos en el siglo XX, centuria de contradicciones, desencanto y grandes transformaciones, los cuales pueden ser considerados como consecuencia o como indicador de nuevas situaciones, tanto en el exterior como en el interior del hombre. Por tal, dicho periodo bien puede ser considerado como el siglo de la conmoción:

Con la guerra mundial parece haber irrumpido en Europa una época en la que *pasan cosas que antes como mucho sólo podían soñarse*. Se llegó incluso a tener casi por una fábula la guerra entre naciones civilizadas, opinándose que un absurdo semejante se hacía cada vez más imposible en este mundo racional internacionalmente organizado. Lo que ha seguido a la guerra ha sido un auténtico aquelarre de increíbles revoluciones, cambios en los mapas, regresos a modelos políticos medievales y antiguos [...]
(Jung, 2001: § 371)

Lo más absurdo de Occidente ocurrió en el continente que presumía de ser la cúspide de la civilización humana, que pregonaba a los cuatro vientos el dominio de los ideales de la razón y del progreso, en el modelo a seguir para el resto del mundo. La contradicción de la gran guerra originó el malestar y el desencanto que, finalmente, conllevarían a la enorme problemática que actualmente se identifica con el nombre de *posmodernidad*; misma problemática que sigue influyendo en el mundo interior, en el plano anímico, en la otredad de lo inconsciente. Ante la muerte de Dios, se pregonaba ahora la muerte del hombre; ante la eficacia industrial y la



tendencia impulsada por la utilidad y ganancia de mercado, sigue la cosificación y deshumanización, la expropiación de los recursos naturales, la estupidez política, el fundamentalismo científico y religioso o la indiferencia ante el mundo. El ser humano que se proclamó libre de los dioses viene a caer esclavo de la tecnología y del mercado, nuevos ídolos exigentes a la manera del Moloch cananeo, siempre en reclamo de nuevos sacrificios. Al predominio de una razón estrecha y unilateral le corresponde, psicológicamente hablando, un "rebote de irracionalidad".

Que en Rusia, se haya sustituido la abigarrada magnificencia de la Iglesia greco-ortodoxa por un movimiento ateo deplorable en cuanto a gusto e inteligencia no tiene nada de particular [...] En fin, también para Rusia tuvo que despuntar el siglo XIX con su ilustración "científica". Pero que en un país más bien civilizado, que cree haber superado la Edad Media hace mucho tiempo, un dios de la tormenta y de la ebriedad, Wotan, hace tiempo históricamente jubilado, haya podido despertar como un volcán dormido

que entrara en erupción es, más que curioso, verdaderamente picante [...] El movimiento de Hitler puso literalmente a Alemania en pie y produjo el espectáculo de una invasión de los bárbaros *in situ*. Wotan, el dios errante, había despertado. (Jung, 2001: § 373-374)

El lector podrá considerar excesivamente metafórico lo presentado en esta cita; pero, a nuestro parecer, se hace presente aquella perspectiva que ha escapado de las consideraciones histórico-sociales de los fenómenos humanos estudiados de manera científica. Se señala la irrupción de aquella otredad de la que se ha hablado en este trabajo y el cómo ha repercutido en el ámbito social, el comunitario y el étnico-cultural inclusive, a través de un mito antiguo: la irrupción de un arquetipo³ en la conciencia de una nación, así como su preponderancia en la conciencia colectiva predominante; acontecimiento que conlleva implicaciones demasiado inquietantes respecto a aquellas perspectivas que abogan, hoy, por todo el control para la conciencia y la voluntad.

Si tuviéramos que partir de una enunciación que expresara la dinámica de este tipo de acontecimientos, bien podríamos recordar en este momento aquella que expone: “lo inconsciente reacciona y compensa a la conciencia”; o, si tuviéramos que expresarlo de una manera análoga a las leyes de Newton, sería de la siguiente forma: “A toda represión de contenidos, corresponde una reacción amplificada”. Ciertamente no describiríamos con ello todas las singularidades y elementos propios del fenómeno que ameritan la visión comprensiva de éstos; pero, al menos, podemos señalar que aquella otredad, que muchos cuestionan en su existencia, es capaz de reaccionar ante nuestras actividades y acciones que presumen ser autónomas. La aceptación de la dimensión anímica humana con un aspecto

inconsciente implica cuestionamientos que ocasionan temor a la conciencia que los plantea. No preocuparse por lo que nuestra otredad puede decirnos contribuye a quedar bajo su poder de manera sutil e inadvertida, a estar *poseídos* en el sentido más básico de la palabra. Así, al hablar de lo que aconteció en la Alemania de los años 30, Jung se atrevió a decir que en tal nación ocurrió una circunstancia muy peculiar: “Quizá podemos llamar a este fenómeno general ‘posesión’. Esta expresión establece tanto un ‘poseído’ como un ‘poseedor’. Si no queremos deificar directamente a Hitler, algo que ya se ha hecho, el único recurso que queda es Wotan, un sugestionador capaz de hacer que los varones sean poseídos” (Jung, 2001: § 386).

Hablar de este tipo de situaciones podrá parecer exagerado, pero una perspectiva del mundo y del hombre que acepte una dimensión de elementos anímicos autónomos a la conciencia siempre debe tener en cuenta la probabilidad de que esa autonomía pueda hacerse presente y controle la conciencia. ¿No ha ocurrido que, pese a todo esfuerzo de control racional y de ejercicio de la voluntad, se padezcan estados de *enajenación* con un fuerte contenido emotivo? ¿Cuántas veces no nos hemos lamentado por un arrebato de cólera o tristeza que ofusca nuestra claridad mental y, a la vez, llega a bloquear o dirigir nuestra voluntad? Estos sucesos no implican un abandono irresponsable, porque la culpa la tuvo el “autónomo inconsciente”, sino que, siguiendo la argumentación junguiana, tales experiencias representan un nuevo ámbito de reflexión y de toma de decisión éticas, como hemos señalado ya en otra parte.⁴

De vuelta con el caso singular llamado por Jung el “retorno de Wotan”, parece bastante inconcebible considerar que una nación pueda ser poseída (habría que precisar qué tipo de *posesión* es la que se

3 *Arquetipo*. Imagen primordial, manifestación de dinámicas anímicas profundas que aparecen en mitos, leyendas, narraciones folclóricas y arte como motivos o símbolos que contienen propuestas para la conducta humana, a la vez que un ámbito de realidad autónoma a la conciencia de éstos. Para conocer la concepción propia de Jung, *Cfr. Tipos Psicológicos*, Voz “Arquetipo”, o *El hombre y sus símbolos*, “Acercamiento a lo inconsciente”.

4 *Cfr. Carl Gustav Jung: La creatividad simbólica como manifestación de una dimensión espiritual*, tesis de maestría del autor (capítulo II, punto 2, inciso e).

manifiesta en este caso y a qué sectores de la población *poseyó* de esa manera) en sus perspectivas, ambiciones, metas y actividades comunitarias, reforzadas de manera importante por su propia idiosincrasia, su carácter étnico-nacional. Jung, en su obra con el mismo nombre (escrita por primera vez en 1936), nos presenta la evolución o variación de la figura del Dios supremo del panteón germánico y el cómo siguió en relación con el hombre de esa parte de Europa.

Wotan, el incansable, el errante, el agitador que suscita la pendencia tan pronto aquí como allí, o que ejerce efectos mágicos, fue primero convertido en Diablo con la llegada del cristianismo y ya solo llameaba como un fuego fatuo en las noches de tormenta, cual cazador fantasmal con su comitiva de caza, en tradiciones locales que iban desvaneciéndose. Sin embargo el papel del errante sin paz, lo asumió la figura, surgida en la Edad Media, de Ahasvero (el Judío Errante), en una saga que ya no es judía sino cristiana. Es decir el motivo del errante, que Cristo no asumió, se proyectó sobre el judío, del mismo modo que, por regla general, los contenidos que se han vuelto inconscientes, vuelven a encontrarse en el otro.

(Jung, 2001: § 374)

En esta descripción se hace presente una dinámica de motivos arquetípicos emergentes, con los cuales se identifica un antiguo numen que se consideraba ya erradicado. Sus atributos o características peculiares, sin embargo, establecen relación con otras figuras numinosas y se entremezclan. Las “imágenes del alma”, como son manejadas a partir de la argumentación de Richard Schwarz,⁵ son manifestaciones de los arquetipos, que se entremezclan y devienen a lo largo del tiempo; pero, en momentos determinados, tales características básicas se manifiestan junto con el núcleo que podemos identificar como “numen primario”. En este caso, una fuerza importante para la cosmovisión de

los antiguos germanos habría resurgido en el ánimo de los germanos del siglo XX, favorecido por la crisis de la conciencia occidental y de los símbolos dadores de sentido que el cristianismo había establecido en la mentalidad alemana, los cuales ahora estaban trivializados o desgastados por una crítica racionalista radical, propia de la modernidad.

Ante esta situación, en parte consecuencia de la modernidad, en parte reacción a la misma, bien se puede preguntar si los seres humanos no vivimos y actuamos —muy a nuestro pesar, ignorancia o empeño— en un trasfondo mítico, el cual apenas podemos hacer consciente en determinadas situaciones. Autores como Mircea Eliade atestiguan la existencia de trasfondos míticos en pleno siglo XX al hablar del ideal esgrimido por el socialismo marxista —la época comunista como nueva edad de oro— y, en contraste, de las metas señaladas por el nacionalsocialismo alemán —con el desconcierto del autor ante la tendencia pesimista del *ragnarok* de la mitología germánica, hecha presente en el nacionalsocialismo—. El explorar qué implicaciones presentan los argumentos sobre el “retorno de los dioses” en la mente del hombre contemporáneo puede visualizar o aclarar elementos importantes de la condición humana en nuestros días, así como los peligros latentes y posibilidades de *resolución* de dichas situaciones señaladas.

Si podemos olvidar por un momento que estamos en el año del Señor de 1936 y que, en correspondencia con esa fecha, creemos poder explicar racionalmente el mundo basado en nuestra explicación en los factores económico, político y psicológico, y si podemos echar a un lado esa bienintencionada racionalidad, humana, demasiado humana, y cargar a Dios o a los dioses, en vez de a los hombres, la responsabilidad de los acontecimientos de hoy [...] no sería nada inadecuado recurrir a Wotan

5 Cfr. Schwarz, R., “La figura de Satán en el Antiguo Testamento”, en Jung (1981, 3ª. parte). En la introducción a *Mysterium coniunctionis*, Jung nos aclara que Richard Schwarz es mujer.



como hipótesis causal. Me atrevo incluso a hacer la herética afirmación de que el viejo Wotan, con su carácter abismático, nunca exhausto, explica mejor el nacionalsocialismo que los mencionados tres factores racionales juntos. Si bien cada uno de ellos sirve para interpretar un importante aspecto de las cosas que están ocurriendo en Alemania, Wotan dice más precisamente respecto al fenómeno general, que el no alemán, incluso después de la más profunda reflexión, siente en el fondo, extraño e incomprensible. (Jung, 2001: § 385)

¿Cómo entender el que nuestro autor se atreva a hacer la afirmación sobre el despertar de un dios tribal de tiempos precristianos, así como de su acción posesiva en una nación moderna? Si nos atenemos al contexto de la teoría psicoanalítica, podremos señalar que lo descrito es el cuadro más pintoresco posible de una situación anímica inconsciente o arquetípica de una nación (más concretamente, la “psicosis colectiva del pueblo alemán”). Pero, ¿acaso esa argumentación agota todo lo que el propio Jung intenta hacer ver del fenómeno y su propuesta de solución *in extenso* o *in profundis*? Podemos considerar que, si bien la

explicación “terapéutica” puede ser indicadora o reveladora de un aspecto importante del fenómeno, existe algo que se pierde al presentarlo así:

Al fin y al cabo se puede prescindir, para una mejor comprensión, del nombre y el concepto, cargados de prejuicios, de “Wotan”, y expresar lo mismo llamándolo *furor teutonicus*. Se habría dicho exactamente lo mismo, pero no tan bien. Pues el “furor” en este caso una mera psicologización de Wotan, y lo único que quiere decir es que el pueblo está enfurecido. De ese modo queda fuera de consideración una preciosa característica de todo el fenómeno: *el aspecto dramático* del poseedor y de los por él poseídos. Pero eso es precisamente lo más impresionante del fenómeno alemán, que alguien evidentemente poseído posea en tal medida a todo un pueblo hasta ponerlo al unísono en movimiento, empezando a rodar y deslizándose también inevitablemente hacia el peligro. (Jung, 2001: § 388)

Sin pretender tomar esto como argumento afirmativo acerca de la existencia de los *dioses* o de lo divino en su aspecto trascendente, o *metafísico* —en el sentido kantiano—, bien podemos señalar que las experiencias presentadas en este contexto indican otro aspecto de la influencia de productos simbólicos en la existencia humana y, asimismo, afirmar que los distintos dioses que ha tenido la humanidad duermen en el inconsciente del hombre. Si consideráramos que es un arquetipo el núcleo de tal símbolo, no se resolvería la duda de qué es en realidad esa fuerza vigente en la mente humana, con un carácter sutil pero efectivo. Si ciertas consideraciones sobre el arquetipo lo presentan como raíz primordial de la psique, esquema conformador, arquetípico-espiritual, motor de conducta, así también podríamos considerar algunos de ellos como *las huellas de lo sagrado en el alma del hombre*, dados su carácter numinoso y su influencia ante la razón y presencia en el mito. Desde la perspectiva de Jung, el mito es semejante al sueño, ya que se presenta ante la conciencia de manera independiente al control de la conciencia. Aunque en este caso, el mito se manifiesta como narración o explicación de lo primordial, donde aparecen las

fuerzas primarias que interactúan con el mundo y los hombres, de entre los cuales surgen los *héroes*, llamados a hacer grandes proezas que les permiten encontrar su porqué estar aquí.

Se ha mostrado, en el presente ensayo, la existencia de elementos para considerar que los símbolos, que han dado sentido a la humanidad, han tenido un origen en el plano anímico del ser humano. Todo símbolo importante ha nacido de la interrelación de la conciencia con su "otredad" inconsciente, a fin de comprender el mundo exterior. Todo símbolo es expresión de algo que no puede ser agotado por nuestro conocimiento y que, a la vez, es una reunión de elementos o visiones contrarios; de ahí que no sólo se exprese algo del mundo exterior, sino que además la propia interioridad desconocida —inconsciente— salga a nuestro encuentro, exigiendo ser comprendida. Esta comprensión permitirá posicionarnos mejor en la "realidad del mundo" y, así, conseguir madurar nuestra conciencia y sus facultades. Por tanto, se puede hablar de que existiría una maduración de la conciencia, una constitución dinámica de ésta y su desenvolvimiento en el mundo; los símbolos humanos expresados en las mitologías y religiones parecen indicarlo. Así, pues, el símbolo cristiano habría sustituido, en vigencia, la imagen primordial de Wotan, que a su vez representaría un estrato más antiguo de una perspectiva y modo de vivir:

La liquidación de Cronos, al que Ninck atribuye un íntimo parentesco con Wotan, podía indicar una superación y fragmentación, en el periodo helenístico, del tipo de divinidad que representa Wotan. En cualquier caso el dios germánico en su totalidad corresponde a un nivel primitivo, a una situación anímica en la que el hombre apenas querría algo distinto a lo que quisiera el dios, razón por la cual quedaría fatalmente a su merced. Entre los griegos había en cambio dioses que prestaban ayuda frente a otros dioses, y el padre universal Zeus no andaba lejos ya del ideal del déspota ilustrado y benevolente. (Jung, 2001: § 394)

Al comentar la monografía de Martin Ninck sobre Wotan, Jung establece esta curiosa relación entre

las "genealogías divinas" y su influencia en el ser humano. Wotan corresponde a una cosmovisión más temprana de la conciencia humana, más primordial incluso que la de los griegos clásicos. Si nos atenemos a la perspectiva de las "imágenes del alma" de los dioses o figuras divinas, éstas *parecen ser o tener relación* con las situaciones anímicas con las cuales los seres humanos se enfrentaban a las agrestes condiciones del mundo. Así, la mentalidad germánica se veía reflejada en los atributos con los cuales era identificada su deidad principal:

Ateniéndose a las fuentes, Ninck ofrece en diez capítulos un magnífico cuadro del arquetipo alemán Wotan como *berseker*, Dios de la Tempestad y Errante, Luchador, Dios del Deseo y del Amor, Señor de los muertos, Señor de los *einherjer* (de los caídos en combate), conocedor de lo secreto, mago y Dios de los Poetas. [...] Muestra que Wotan encarna el lado instintivo-emocional tanto como intuitivo-inspirador de lo inconsciente, por una parte Dios de la furia y



La Colmena 56, octubre-diciembre 2007.

el delirio, por otra versado en las runas y adivino.

(Jung, 2001: § 393)

Tales características se hicieron presentes en la mentalidad impulsada por el nacionalsocialismo en su auge y predominio. La constitución de una visión nuevamente pagana, a pesar de y en contraste con una cultura cristiana que se fue revelando cada vez más débil e incapaz de hacer frente a la nueva visión del mundo, influyó de manera catastrófica en la historia del siglo XX.

Este caso plantea las interrogantes siguientes: ¿realmente es posible proponer una perspectiva del mundo que no tome en cuenta aquello considerado irracional? o, desde otro punto de vista más relacionado con nuestro tema, ¿se puede suprimir de la realidad humana la necesidad de creer en algo superior? ¿Es posible librar a la conciencia de la existencia de lo sagrado y divino? Si bien estas cuestiones pueden ser contestadas desde diversas perspectivas y en diferentes sentidos, es necesario el tomar en cuenta, ahora, la perspectiva del contexto anímico. Es posible considerar que la importancia de elementos religiosos puede estribar en la medida en que afectan y conmueven al espíritu humano, en tanto presentan ante la conciencia humana ese aspecto de la realidad que Rudolf Otto nombró como “numinoso”, y cuyas implicaciones en la vida cotidiana del hombre bien deben ser tomadas en consideración.

En *Reflexiones sobre la historia actual*, Jung analiza, en el aspecto anímico-psicológico, la irrupción del nacionalsocialismo como emersión de un arquetipo sobre un pueblo, y también las consecuencias anímicas de la Segunda Guerra Mundial sobre la mentalidad europea. Jung plantea la necesidad de una formación de individuos para hacer frente a fuerzas anónimas que actúan dentro de las grandes masas de población, y de amplificar la agresividad y la reacción ante lo desconocido o lo percibido en el vecino (la proyección de la sombra colectiva en otra nación). De los aspectos psicológicos no trato en este trabajo, así como tampoco de sus reflexiones para el campo ético (v. g., el postulado de la culpa colectiva, entre otros aportes); no obstante, he tomado en cuenta, para explorar, las argumentaciones que pueden referirse al campo mítico-

simbólico. Más allá de que el propio Jung terminara sus observaciones sobre Wotan recurriendo a recomendaciones terapéuticas precisas, para hacer frente a nuevas irrupciones de lo inconsciente, sus argumentaciones *míticas*—si se nos permite usar esta expresión— por su mismo carácter parecen conllevar otros aspectos a tomar en consideración, sobre todo para la condición de nuestro tiempo.

CONCLUSIONES: HOMBRE, ESPÍRITU Y TIEMPO.

Me atrevo a afirmar que algunas de las obras junguianas parecen encerrar aspectos muy interesantes para, al menos, realizar ejercicios de reflexión. Se puede considerar que la argumentación sobre Wotan “puede ser entendida como la representación” o sublimación de fuerzas naturales; pero, la perspectiva presentada aquí hace hincapié en aquellos aspectos que parecen indicar una “psicología de los dioses” en cuanto a fuerzas autónomas que se hacen presentes en el horizonte de la motivación e influencia humanas. Si la tesis principal de Jung acerca del desequilibrio anímico en nuestro tiempo es cierta —y existen múltiples indicios para afirmarlo—, bien se puede retomar el argumento que refiere la necesidad de una formación de aquella parte de la condición humana que los antiguos llamaron *espíritu*. Todo ser humano tiene que desarrollar una capacidad para interactuar con el entorno a partir de un conjunto de valores, convicciones y actitudes ante el cosmos, una capacidad donde también se articulan otros aspectos como las vivencias afectivas, y es todo ello lo que constituye nuestra posición en y ante el mundo, en y ante el hecho de existir. Dentro del proceso de existencia, la condición humana experimenta, a su vez, un proceso de desarrollo y maduración; pero, ¿qué elementos nos permiten aseverar que realmente nuestro desarrollo actual es el que beneficia al hombre en su totalidad? Si le hacemos caso a las aportaciones de la psicología de las profundidades, bien podemos decir que ahora se están mostrando aquellos aspectos de la condición humana que han sido descuidados, y que regresan por sus fueros

frente a la limitada y estrecha conciencia que las *necesidades* —a veces más aparentes que reales— de nuestro tiempo establecen como modelo a seguir.

Si el discurso de nuestro tiempo desdeña la influencia de lo que hace siglos servía como elemento dador de sentido a la existencia de los seres humanos, la argumentación junguiana logra que nuevamente tengamos ante nuestra conciencia el modo de actuar y conocer de las creencias antiguas. Los dioses no han muerto: duermen en lo más profundo del corazón del hombre. Más allá de polemizar sobre si nuestra experiencia de lo sagrado —y en particular de lo divino— es una creación, una proyección de las imperfecciones humanas o cierta manifestación de una realidad trascendente al hombre, bien se puede considerar este asunto a partir de la postura en la cual existe algo que se manifiesta en la realidad y sólo podemos nombrar de la mejor manera posible. Una postura que hace presente lo considerado falaz y superado, que lo torna vigente; con otro ámbito de realidad, pero real al fin y al cabo.

En nuestro tiempo asistimos a un paradójico “eclipse de Dios”: el hombre de nuestro tiempo es criado y se desarrolla con un hambre de lo sagrado, con una necesidad de lo trascendente y de lo divino que el ambiente contemporáneo no logra colmar; la ciencia y el conocimiento moderno, a pesar de sus actividades demoledoras dirigidas contra el contexto de las creencias religiosas, no han extirpado el impulso de creer en algo más grande que uno mismo. Este impulso, que ha logrado experiencias peculiares a lo largo del tiempo y del espacio de la humanidad, no ha desaparecido, y las contribuciones de Jung, Eliade, Otto, Campbell, entre otros, postulan que forma parte inherente de nuestra condición y de nuestra existencia, en cuanto individuos e, incluso, en cuanto sociedad o nación. Estas experiencias se hacen presentes con un rico lenguaje simbólico y una no menos importante influencia anímica. Si, independientemente de los factores socioeconómicos, científico-tecnológicos y culturales en general, existen manifestaciones que logran hacerse presentes de una manera semejante

a como ocurre con las narraciones míticas o las antiguas leyendas folclóricas en nuestros días, éstas no podrán ser pasadas por alto. Llega a ser sorprendente que, en algunos aspectos, el Wotan nórdico rija el mismo lugar cósmico que el Tezcatlipoca prehispánico, y que esta divinidad haya sido la más temida por el hombre prehispánico, ya que representaba un destino caprichoso y cambiante.

Si a pesar de toda una perspectiva moderna, nos atrevemos a explorar la posibilidad de un “retorno de los dioses” —permítasenos esta expresión—, lo hacemos como una forma de considerar posibles consecuencias a determinadas conductas o perspectivas limitadas de vida (las cuales deberán ser examinadas y complementadas para permitir un mejor equilibrio interno o “espiritual” que posibilite una mejor actuación —esperemos— para cuando nuevas manifestaciones —semejantes al renacimiento del Wotan germánico, del que hemos hablado en este trabajo— puedan hacerse presentes de manera más visible). Aun cuando algunas argumentaciones de Jung parecen explorar ya tales manifestaciones y presentarlas ante el hombre del siglo XX, tales argumentos (la mención del espíritu del Anticristo en la psique del hombre del siglo XX, la paradójica dinámica de los símbolos en el occidente cristiano y algunos otros) podrán ser objeto de otro trabajo. Por el momento, si con éste logramos plantear nuevas perspectivas de estudio e interpretación de nuestra actual realidad, con apoyo de los aportes de algunos pensadores de nuestro tiempo y de otros antiguos, podemos darnos, temporalmente, por satisfechos. 100

BIBLIOGRAFÍA

- Jung, Carl Gustav (2001), *Obras completas*, Madrid, Trotta, vol. X, pp. 171-234.
- Jung, Carl Gustav (1997), *Aion, contribuciones a la simbología del sí-mismo*, Barcelona, Paidós.
- Campbell, Joseph (2001), *El héroe de las mil caras. Psicoanálisis del mito*, México, FCE.
- Caso, Alfonso (1979), *El pueblo del sol*, México, FCE.